

ENTRE CLÍO Y LAS CANCELLERÍAS: ÁNGEL VIÑAS

Fernando Hernández Sánchez

Hablar con Ángel Viñas (Madrid, 2 de marzo de 1941) es hacerlo con uno de los autores de referencia para la historiografía española de la Guerra Civil y del franquismo. Doctor en Ciencias Económicas, catedrático de la UCM y diplomático –puertos entre los que ha transitado su dilatada trayectoria profesional–, nos interesa aquí la semblanza de quien se ha caracterizado por abordar temas acerca de los que la dictadura, sus apologistas y los «guerreros de la Guerra Fría» habían erigido una interpretación granítica, que nuestro autor se ha ocupado en demoler concienzudamente desde sus primeros estudios sobre el oro de Moscú hasta su última y monumental obra sobre la República española en guerra.



P: Comencemos hablando de tus orígenes familiares.

R: Mi abuelo era, creo, carretero de pueblo. Mi padre fue un hombre hecho a sí mismo, que apenas si terminó la escuela primaria. Nació en La Roda, Albacete. Estaban poco más que algo por encima del proletariado rural. Mi padre se marchó a Madrid y se colocó de dependiente. Pasó por varios establecimientos hasta que ate-

rrizó en la entonces famosa perfumería Álvarez Gómez, en la calle de Serrano. Luego se independizó. Con un carrito empezó a vender colonias y perfumes por la calle. De forma ambulante. Le fue bien y alquiló una pequeña tienda en la calle de Atocha, que aún subsiste. Mi madre nació en Santiuste de San Juan Bautista, un pueblito de Segovia. Su padre era un trabajador del campo. Mis padres se casaron a finales de los años veinte y se dedicaron con tesón a la tienda. Recuerdo que la gran inspiración de mi padre fue un escritor norteamericano de principios de siglo, de quinta o sexta categoría, un tal Orison S. Marden, cuyas obras devoraba. Mi hermana aún conserva algunas de sus obras. Le enseñó a no confiar sino en sus propias fuerzas. A ello se atuvo durante toda su vida y fue una de las mejores cosas que tomé de él.

P: ¿Cómo fue tu primera formación?

R: Fui a la escuela primaria de mi calle, a unos cien metros de la casa de mis padres. Luego al colegio San Estanislao de Kotska, muy cerca de la tienda, en la calle de Atocha, y me matriculé por libre en el Instituto de San Isidro. Lo que más aprendí fue de dos profesores particulares. Uno, José Aldomar, que todavía vive, me abrió las

puertas de la literatura y de la historia. Era un maestro nacional republicano, represaliado por los vencedores. Otro, Federico Alemany, que vivía al lado de casa, era un antiguo oficial del Ejército Popular, que me enseñó ciencias. La mujer de un representante de comercio, amigo de mi padre, que vivían también muy cerca, la Señora Scholz, empezó a enseñarme alemán cuando yo tenía doce o trece años. Recuerdo que me empollé por delante y por detrás una gramática excelente escrita por, creo, un jesuita, Johannes Rauter. La Sra. Scholz me descubrió la literatura alemana de la Ilustración. Mi padre quería que me hiciese inspector de Hacienda. Eran los funcionarios a quienes más temía. Así que al terminar el bachillerato elemental me llevó a la Escuela de Comercio de la Plaza de España. Allí hice lo que entonces se llamaba el peritaje y el profesorado mercantiles mientras aprendía francés en clases nocturnas.

En 1958 marché con un amigo, hoy catedrático de la UNED, Jesús Urías, a París, con un contrato de prácticas de una organización que se llamaba AIESEC y que todavía existe. Pasé cuatro o cinco meses de chico de los recados en Kodak Pathé, en Vincennes. París me deslumbró. Me sumergí en la lectura de los grandes autores del siglo XX (Gide, Rolland, Maurois, Montherlant, Camus, Sartre, Saint Exupéry, etc.). Tuvimos la suerte de vivir en la Maison des Provinces de France, entonces una de las residencias más liberales y más buscadas de la Ciudad Universitaria. Ya puedes imaginar porqué.

Al año siguiente me propuse ir a Alemania. Tuve suerte. Un estudiante alemán quería venir a Madrid a hacer el doctorado y me propuso un intercambio por todo un año. Cuando mis padres lo aceptaron, cambiaron mi vida. Llegué a Hamburgo en el verano y me estrené trabajando de descargador del puerto durante un mes. Quedé agotado pero por lo menos aprendí el argot. Luego me matriculé como oyente en la Universidad. Me empapé de literatura e historia alemanas. Quería hacer Germánicas pero mi padre me disuadió. Cuando me enteré de que

tendría que estudiar sajón antiguo, no le costó mucho trabajo. Nunca me han gustado las lenguas muertas. Tampoco el latín o el griego. Volví a Madrid, terminé el profesorado mercantil y pasé a la Facultad de Económicas como alumno libre porque lo que me tiraba era Alemania.

P: ¿Cuáles fueron tus siguientes etapas formativas?

R: En 1961 conseguí del profesor Hans Jureschke una beca para Freiburg. Allí me sorprendió la construcción del muro en agosto. Cogí un tren y me marché a Berlín. La experiencia me marcó profundamente y decidí volver. También compré un libro que era la tesis doctoral de Manfred Merkes sobre la intervención alemana en la guerra civil. De aquella época data mi primer interés por esta. Gracias a una nueva beca, esta vez del servicio alemán de intercambio académico, que conseguí muy pronto, en 1963 ya estaba en la Universidad Libre de Berlín donde estudié, aparte de economía, historia contemporánea, sobre todo alemana y francesa. Esta última la daba un excelente profesor llamado Gilbert Ziebura. De vuelta a Madrid, aprobé lo que entonces era la asignatura «hueso» de la carrera, la teoría económica que daba el profesor Castañeda. En la Universidad de Berlín existía muy poco control. Uno era libre, pero estaba solo. Todo se jugaba en el examen de reválida, lo que requería una disciplina que yo no tenía. Así que solía volver a España a examinarme como alumno libre en Económicas. Saqué buenas y, a veces, malas notas. Entre las primeras, la de la asignatura que impartía el profesor Sampedro, a quien desde entonces di la lata pidiéndole referencias para futuras becas. También la que daba Fuentes Quintana. Tuve que renunciar a hacer la *navette* en quinto, con una asignatura que no podía preparar en Alemania: sistema fiscal español. Me matriculé en Madrid como alumno oficial y aprobé todo el curso, menos una asignatura de cuarto (Econometría) que se me atragantó. La Facultad me pareció un desastre absolutamente inimaginable (nada que ver con las mirificas visiones que han escrito algunos) si

bien había honrosas excepciones en el profesorado. Yo tuve la suerte de hacer amistad con un antiguo falangista, José Mariano López Cepero. Una sorpresa, quizás, pero aprendí mucho de él. Una gran parte, sobre todo en la especialidad de empresa, recordaba a los hermanos Marx. Fue cuando estuve más expuesto a la «contestsación» universitaria pero nunca quise dar el paso al frente. Estuve, eso sí, en segunda línea en la marcha contra el Rectorado de la UCM, disuelta por el expeditivo método de una carga de la policía armada a caballo, o en alguna que otra algarada. Algunos de mis amigos militaban en el PCE y me invitaron a unirme pero yo me negué porque la experiencia de la RDA me tenía marcado. Para entonces, y dando muestra de no mucha sagacidad, quería especializarme en economías de planificación centralizada, un poco alejado de la Inspección de Hacienda, cuyas oposiciones ganó por cierto otro amigo mío, hoy catedrático también de la UCM, Sixto Álvarez Melcón. Yo necesitaba combinar los enfoques que había aprendido en Berlín con lo que se enseñaba en Gran Bretaña. Así que, de nuevo, solicité una beca británica y una plaza para la London School of Economics o la Universidad de Glasgow. Respondió antes esta última y allí me marché a estudiar con el profesor Alec Nove. Un interesantísimo judío de origen lituano.

Me fui con Econometría colgando pero el catedrático, Ángel Alcaide, que era un buenazo, me aprobó sin examinarme. Por desgracia no pude terminar el máster. Cogí una hepatitis gravísima, estuve hospitalizado un mes y pico y perdí el curso. Aproveché para traducir un libro de Raymond Aron y una novela de un autor irlandés muy conocido en la época. Cuando regresé a Madrid en mayo de 1966, no sabía qué hacer excepto terminar las milicias. Me presenté a la reválida y, ¡bingo!, me dieron sobresaliente. En el otoño, lo hice al premio extraordinario y, ¡bingo de nuevo!, gané el primero de los dos que daban. También el accésit al Premio Nacional Fin de Carrera, quizás porque en la licenciatura había tenido más de un suspenso.

P: *Imagino que para un joven titulado de aquella época el contraste entre el mundo existente más allá de nuestras fronteras y la realidad interior del país debía resultar tremendo.*

R: Sí. Para mí lo fue, tal vez en demasía, hasta el punto que el Berlín dividido determinó mi evolución intelectual durante mucho tiempo. Viajé por la RDA. Me empapé de ópera. Iba casi todas las semanas a la parte oriental, donde hice buenos amigos y tuve experiencias inolvidables. Vi casi todo el repertorio de Brecht y compré decenas y decenas de libros que hace años he regalado a la biblioteca de la Escuela Diplomática. Me hubiera gustado decir que tuve problemas con la Stasi, como Timothy Garton Ash, pero no sería verdad. No tuve absolutamente ninguno. Por lo demás, en la República Federal era el período del juicio de Auschwitz y el albor del despertar de la conciencia crítica de un sector de la juventud ante los horrores del pasado nazi. Yo me movía ya como el pez en el agua. Me mantuve con trabajos extraños (dando clases de español, trabajando en Correos y muchas veces de camarero) y pasé por un período bastante convulso. Pensé incluso en quedarme en Alemania, otro mundo en comparación con la España de aquella época. Me retuvo el recuerdo de mi familia. Sin embargo, uno de mis mejores amigos, Manuel Fernández de Henestrosa, se marchó a Canadá y allí sigue.

Espero no caer en la trampa de pensar que cualquier tiempo pasado fue mejor, sobre todo el de la juventud. A mí nunca me gustó el franquismo (de sus primeros años prácticamente sólo recuerdo alguna manifestación falangista por el Paseo del Prado y que mi padre comparaba los partes de RNE con las noticias que daban emisoras extranjeras –la BBC, Radio Suecia, Radio España Independiente). Sí me impresionó una audiencia colectiva en la que Franco recibió a los premios nacionales fin de carrera, y a mí como accésit, allá por 1968. Lo vi caquético, con el Parkinson en pleno funcionamiento y creí que no duraría mucho. Me costó tiempo sentirme de nuevo en España como en casa. Había un mundo que descubrir y esto no podía hacerse desde

Madrid. Por lo demás, innecesario es decir que nunca debí nada al franquismo. Fui a la enseñanza pública (la privada la pagaron mis padres) y jamás disfruté de una beca española. Me libré en gran medida de astracanadas casticistas y, por consiguiente, de la necesidad de rebelarme contra ellas. Nunca tuve enseñanza católica, salvo la de las «Marías».

P: *Al finalizar tus estudios aparece la figura de Enrique Fuentes Quintana. Valora su influencia en tu carrera y cómo te orientaste, desde la Economía, al estudio de la Historia.*

R: Al acabar la carrera pensé en irme a USA o en hacer diplomáticos (ya hablaba bien tres idiomas) pero el azar intervino en la figura de Fuentes Quintana, a cuya cátedra me había incorporado como el último ayudante de clases prácticas, con un sueldo de 1.800 pesetas AL AÑO. Cuando se enteró de mis planes, me convocó en su despacho del Ministerio de Comercio adonde fui a verle vestido de alférez. No se hacía esperar a don Enrique. Me sugirió que me presentase a Técnico Comercial del Estado. Firmé a la semana siguiente las oposiciones y en cuanto salí de la mili me puse a prepararlas, con otro ayudante, Miguel Ángel Díaz Mier, hoy profesor titular en Alcalá de Henares. El programa no incorporaba materias que no se hubiesen dado en la licenciatura y entonces yo, que había sido un estudiante formalmente malejio, me di cuenta de que el programa, inmenso, podía dominarse a base de libros, sin perder el tiempo escribiendo y mejorando los temas que se circulaban entre los opositores. Me encerré en casa durante ocho meses (en una ocasión no salí a la calle en un mes), no fui a ningún preparador y empollé el temario a lo bestia, salvo un tema que me hubiese llevado mucho tiempo. Saqué en los primeros ejercicios –tema general, idiomas– tanta ventaja que terminé de número uno. ¡Mi tercer bingo! Para celebrarlo, me fui a los pocos meses con Pedro Solbes a un seminario en el que participaba José Luis Sampedro en Ljubljana y me quedé viajando por los países del Este durante una temporada en el año 1968,

provisto de una pequeña maleta. Hice todo un viaje de aventuras por Yugoslavia, Hungría, Bulgaria, Checoslovaquia, Rumania y Polonia. Tuve varios percances. Me robaron, me estafaron, una vez llegué tan borracho a una ciudad que hube de ir a dormir al primer hotel que encontré al salir de la estación y que resultó ser un burdel. La Securitate se pegó a mí como una sombra. Estuve a punto de que mi pillara en Praga la invasión soviética... Y me curé de las economías de dirección centralizada. Me hubiera gustado irme con Fuentes Quintana a la Secretaría General Técnica, pero me destinaron a Política Comercial, a la sección de las zonas de librecomercio, donde me aburrí como un mono. Con el «colchoncito» asegurado volví a pensar en marcharme a USA, a la Universidad de Minnesota, que entonces estaba muy de moda entre los economistas, con una beca Fulbright. Intervino el destino en la figura del profesor Manuel Varela Parache, subgobernador por España del FMI. Me sugirió que fuese al Fondo, donde buscaban economistas españoles. La diferencia de sueldo era inmensa, así que no lo dudé. En septiembre de 1969 ya estaba en Washington.

El FMI no me gustó. Quería aprender muchas cosas y rápidamente. Quizá lo hubiese hecho en Minnesota, pero no era el estilo de aquella organización. Tampoco me gustaron mis jefes, el director general del Departamento Europeo, un inglés muy estirado llamado Whitome, y el directo, mi jefe de división, un tal Duvschani, del Banco de Israel. Menos mal que el subjefe era un judío ortodoxo encantador, y un excelente economista, Julios Rosenblatt. Hice un par de misiones a Malta (donde compré a precios de saldo porcelana de Meissen, que en Alemania valía una fortuna) y Turquía. Finalmente me encargaron del desk Portugal, en cuya economía apenas si pasaba nada realmente serio (cortesía de la dictadura salazarista), salvo la presión inflacionista derivada del gasto militar en África. A los pocos meses solicité un traslado. Error desde el punto de vista burocrático y, simultáneamente, gran e imprevisto acierto. Me enviaron, castiga-

do, al Departamento de Estadística Financiera en donde me pasé un mes estudiando el sistema de cuentas de las cajas de ahorro en Pakistán para encajarlo en el marco analítico de las International Financial Statistics. Fue entonces cuando un íntimo colaborador de Fuentes Quintana, Gonzalo Ávila, también técnico comercial del Estado, me avisó de que inesperadamente quedaba libre el puesto de agregado comercial en Bonn. Sin dudarlo, me presenté al concurso interno que gané. ¿Quién hablaba entonces alemán en el Ministerio como un servidor? De Washington guardo un recuerdo ambivalente. Era entonces una ciudad muy sureña y un tanto provinciana. Nada que ver con lo que es hoy. Su única fuente de empleo era la política. Vivía en una casa supermoderna en Chevy Chase, el segundo condado en renta per cápita más elevada de Estados Unidos. Era una época de disturbios raciales y de agitación por la guerra de Vietnam y los veíamos por televisión, en una piscina espléndida de la terraza bebiendo cerveza como si estuviéramos en el quinto pino y no a unos cuantos kilómetros. Coincidí con gente que luego sería muy importante. Estaban en las instituciones de Bretton Woods (Eduardo Punset, Carlos Bustelo...) o en la embajada (Raimundo Bassols, Carlos Miranda). Lo que más me interesó: la historia norteamericana y los Estados del Sur. Otro mundo.

Cuando Fuentes Quintana se enteró de que iba a Bonn, me pidió que escribiera un artículo sobre la financiación alemana de la guerra civil para un número de la revista que dirigía en el Instituto de Estudios Fiscales del Ministerio de Hacienda. Los fines de semana me iba a la Biblioteca del Congreso a consultar bibliografía y en poco tiempo lo terminé: un «artículo» de 180 páginas en el que ya entonces arremetí contra los «camelos» franquistas. Una cuestión de comparar lo que unos y otros decían. Le encantó el resultado. A mí, no. Me había limitado a presentar un «estado de la cuestión». No había descubierto nada nuevo ni nada que no se hubiera dicho antes.

Desde Bonn dije que habría que hacer algo más y que la única forma era ir a los archivos. A Fuentes le pareció bien y me dio una ayuda económica importante para gastos de viaje y de fotocopias. Durante un año me recorrió los archivos alemanes de cabo a rabo, hablé con gente de la Gestapo, de la Abwehr, ex militares y diplomáticos, incluso de las SS. Pronto me di cuenta de que no se podía explicar la ayuda financiera nazi a Franco si no se entendía por qué, en primer lugar, Hitler había intervenido en España. Fuentes accedió a que desplazara mi centro de atención y lo que encontré le pareció tan interesante que aceptó encantado dirigirme el trabajo como tesis doctoral. En las raras ocasiones que venía por Madrid no dejé de tenerle informado de los progresos en los que se mezclaban intereses, intrigas, espías, chismorros y alta política. No era un novato total. Ya había escrito varios artículos, malejos, en ICE y Cuadernos para el Diálogo. También había leído extensamente sobre la Guerra Civil. En la RDA y en los países del Este, en Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos y por supuesto en Alemania me había hecho con una importante biblioteca al respecto que aún conservo. Pero la investigación en fuentes primarias me marcó para toda la vida. El resultado se publicó en 1974 bajo el título *La Alemania nazi y el 18 de julio*. Fue uno de los primeros libros no escritos con la perspectiva franquista. La tesis, por la que me dieron premio extraordinario, tuvo que ser reformada porque no hubiera pasado la censura, que ejercía entonces Ricardo de la Cierva y a quien dejaba un poco en solfa.

Metido en la investigación decidí optar por la Universidad, sin abandonar la Administración, algo perfectamente posible entonces. Era la única forma de investigar, sin depender de amistades o de ayudas financieras que podían o no materializarse. Además, en el Cuerpo de Técnicos Comerciales había muchos catedráticos y estaba muy bien visto ejercer en paralelo una carrera académica. Volví a finales de 1973 antes de terminar mi destino en Bonn y poco antes

del asesinato de Carrero Blanco. El profesor Rafael Martínez Cortiña, desgraciadamente ya desaparecido, me había convencido de que me presentara a las oposiciones de Estructura Económica, la misma asignatura que había enseñado José Luis Sampedro y en la que él mismo había tenido la cátedra de Valencia.

En dos años la saqué, en oposiciones que probablemente fueron de las más duras que se registraron en el segundo franquismo. Con mi experiencia extranjera ya de ocho o nueve años el sistema me pareció entre putrefacto y cutre, tanto en la derecha como en la izquierda y ello con independencia de la celebridad que después alcanzarían algunos de los intervinientes. Así que me fui a la Universidad de Valencia donde estuve dos años.

P: Fue en aquellos años finales del franquismo cuando penetraste en ese territorio incógnito y mitificado por la propaganda que fue «el oro de Moscú». Cuéntanos cómo surgió tu interés por el tema y las vicisitudes por las que atravesaste durante tu investigación y hasta su publicación.

R: Durante la preparación de las oposiciones, estuve destinado en el Instituto de Estudios Fiscales, con Fuentes Quintana. Fue él quien me sugirió que estudiase la financiación de la guerra por el lado republicano, ya que para la nazi tenía montañas de papel que me había traído de Alemania y que aún conservo. Era un tema delicado porque pocos años antes se había secuestrado una historia del Banco de España en donde el profesor Juan Sardá, gran amigo de Fuentes, había llegado a conclusiones distintas de las oficiales. Respondí que sólo lo haría si se me daba acceso a los archivos correspondientes. Fuentes habló con el ministro de Hacienda, Alberto Monreal, creo, y con el gobernador del Banco, Luis Coronel de Palma, que dieron su visto bueno. Por las mañanas trabajaba en los archivos, por la tarde en la oposición. Afortunadamente, el gobernador me dio largas en el acceso a los papeles de Negrín. Digo afortunadamente porque eso me obligó a husmear en otros archivos del Banco donde descubrí que no sólo había un «oro de Moscú» sino

también un «oro de París» del que no se sabía mucho, salvo lo que se decía en las estupideces y basuras de la *Causa General*. Por aquella época había una gran ebullición en la sociedad española. Me convertí, sin comerlo ni beberlo, en un punto de contacto de ciertas embajadas (la alemana, la británica y la norteamericana) para que diese mi impresión de por dónde iban los tiros. Recuerdo en particular al consejero político alemán Tilemann Stelzenmüller. Quizá pensasen que como español un tanto distante oteaba cosas que permitirían algún tipo de contraste. Lo normal. El hecho es que un día el embajador norteamericano, Wells Stabler, recientemente fallecido, me invitó pocos meses después de ganar la cátedra a un almuerzo en donde el tema de discusión fue el miedo a la historia. Todos los comensales, ilustres neodemócratas, negaron que existiese. Cortesías, quizás, ante diplomáticos extranjeros. Yo discrepé y cité como ejemplo el que se me negara acceso a los papeles de Negrín. Coronel de Palma estaba presente y se puso lívido. Me convocó pocos días después a su despacho, me echó una bronca y me dijo que podría consultarlos en el despacho del subgobernador. Lo hice mientras Franco agonizaba. Y ahí descubrí a Negrín.

Mi investigación era conocida en los medios interesados. Alguien en el Ministerio de Educación quiso entonces darme una puñaladita. De pronto se me informó que no podía estar en Madrid y Valencia a la vez, y que si en un plazo de semanas no optaba por quedarme en Valencia, me harían un expediente. El Ministerio de Comercio no dudó. En diez minutos me destinaron a la delegación valenciana. Quien me perseguía en Educación, un siniestro falangista, (cuando fui director general de Ordenación Universitaria y Profesorado años más tarde me enteré porqué) se quedó con un palmo de narices y yo seguí con la investigación. En mi hoja de servicios figura, claro está, que fui jefe de una extraña sección de vegetales en Valencia. Al año siguiente, Salvador García Echevarría, decano de Económicas en Alcalá, me ofreció un puesto de catedrático contratado y regularicé mi situación. Pasé a Transacciones Exteriores, en Comercio, donde por

primera y última vez en mi vida una conocida empresa me ofreció una sustancial propina (una fortunita, en realidad) si le hacía un favor. Eché a sus dignos representantes de mi despacho.

El libro, *El oro español en la Guerra Civil*, lo publicó el Ministerio de Hacienda a finales de 1976 y fue secuestrado inmediatamente. Fuentes Quintana se había retirado a sus cuarteles de invierno y su sucesor, César Albiñana, gran funcionario de Hacienda y catedrático, a quien yo conocía de la cátedra de Fuentes, no pudo hacer nada. El tema levantó una gran polvareda. Se dijo que iban a abrirme un expediente y a destruir el trabajo. Tuve una tensa entrevista con Álvarez del Manzano, a la sazón secretario general técnico, y me cubrí las espaldas distribuyendo algunos ejemplares, entre ellos a Marcelino Pascua, ex embajador republicano en Moscú, que vivía en Ginebra y cuya dirección me había proporcionado una amiga intérprete de la ONU. Nos cartearmos algún tiempo pero por desgracia no pude ir a verle hasta las vacaciones del verano de 1977 y para entonces había fallecido. Menos mal que su albacea sabía que Pascua quería hablar conmigo y me dejó ver todos sus papeles. Años más tarde le convencí de que deberían ir al AHN y, afortunadamente, me hizo caso. Siempre he querido ofrecer a otros, también a mis enemigos, la posibilidad de que chequearan mis descubrimientos. Para que aprendan.

Cuando Fuentes Quintana se convirtió en vicepresidente del Gobierno y ministro de Economía tras las elecciones de junio de 1977 el secuestro se levantó como por ensalmo. Me dijeron que no armase jaleo. Obedecí, pero ya estaba preparando una versión ampliada de lo que había sido esencialmente un informe contable. Con los papeles de Pascua y otros publiqué, en 1979, *El oro de Moscú*, aun siendo muy consciente de que no había podido descubrir todo lo que había detrás de la operación. Para entonces llevaba varios años metido en una investigación mucho más ambiciosa, que me había encomendado Martínez Cortiña en 1976, para el Banco Exterior de España, sobre la política comercial

exterior desde la República a la muerte de Franco. Fui el primer investigador en acceder a los archivos del franquismo, sin cortapisas, desde los de la Presidencia del Gobierno a los del IEME. Nadie había entrado en ellos anteriormente. Lo que descubrí me confirmó que el Régimen había sabido separar sabiamente lo que era en realidad de lo que decía que era. Con un equipo de amigos y especialistas escribí una obra en tres volúmenes que apareció en 1979. Cayeron mitos a mansalva. También alguna que otra reputación. Hubo berrinches generales. Pero la curiosidad por lo que hubo detrás de la actuación de Negrín no me abandonó nunca.

P: Y desde entonces Negrín se ha convertido en un personaje central en tus estudios sobre la República en guerra.

R: Por la longitud de su mandato, los cargos que desempeñó y la política que desplegó es obvio que Negrín resulta la figura más descolante en la guerra civil. Lo pensé entonces y sigo pensándolo hoy. Con mayor fundamento. Me llamaron la atención desde el primer momento su formación extranjera, su entronque con otras realidades, su tenacidad y su capacidad de tomar decisiones rápidamente. Un poco, si quieras, cualidades o defectos que, naturalmente en medida muchísimo más modesta, han caracterizado mi trayectoria profesional. También me di cuenta de que escribir sobre Negrín equivalía a escribir sobre la significación de la guerra. En aquellos momentos, la única posibilidad de avanzar era ver los papeles que se llevó al exilio. La llave la tenía su hijo, Juan, a quien conocí en Nueva York, pero que nunca me la quiso dar. De ahí que me negase a cualquier nueva edición. Hice todo lo posible y lo imposible para lograrlo. Cuando trabajaba en la Comisión Europea, conseguí que me enviaran como embajador ante Naciones Unidas porque Negrín hijo vivía en Manhattan. Con altos y bajos, naturalmente, invertí más de veinte años de esfuerzos en llegar a los papeles. Hasta que pude verlos gracias a su sobrina, Carmen Negrín. No extrañará que a ella y a su esposo, Leo, les esté eternamente agradecido.

P: Aquellos años fueron testigos de las primeras batallas entre los detentadores de la memoria oficial de la Cruzada y los hispanistas que pretendían hacer mella en el discurso franquista de la Guerra Civil. ¿Cuál es tu valoración sobre figuras como Ricardo de la Cierva, Bolloten, los historiadores militares (Salas Larrazábal y Martínez Bande) y Stanley G. Payne, por un lado; y Hugh Thomas, Soutworth, Gabriel Jackson y Paul Preston, por otro?

R: Sólo de 1974 a principios de 1987 viví en España de seguido (aunque viajando constantemente al extranjero) y conocí a todos los historiadores que mencionas. Aparte, claro está, de leer sus obras. No me gusta enjuiciar en abstracto a colegas. Prefiero contrastar mi valoración con lo que han escrito y nunca me he sentido incómodo en hacerlo. La historiografía avanza por el descubrimiento de nuevas fuentes, la aplicación de nuevas perspectivas de análisis y el diálogo entre pares. Doy prioridad a los dos primeros enfoques, pero también he aplicado el tercero porque escribir historia equivale a luchar por la verdad, al menos la documentable, que muchos autores desfiguran, manipulan o tergiversan. A mi no me duele identificar casos.

Muy brevemente. De la Cierva pudo haberse hecho un buen historiador, aunque de tendencia muy conservadora, pero prefirió una carrera política –y, quizá, ganar mucho dinero– en el franquismo tardío. Su aportación historiográfica es extraordinariamente débil e hipersesgada. Lo que ha escrito en los últimos años es incluso mera basura. Punto. Bolloten, con quien coincidí en California, era un hombre obsesionado por una tesis. Tenía dinero que había ganado como agente de la propiedad inmobiliaria y con la libertad que ello le daba se dedicó con fruición a sentar las bases de la interpretación neoconservadora y anticomunista de la guerra civil, con proclividades anarquistas. Era insensible al argumento racional y a la evidencia primaria, aunque personalmente era muy simpático y acogedor. Yo le tuve afecto en lo personal y escaso en lo profesional. De Ramón Salas Larrazábal guardo mucho mejor recuerdo. Fue, junto con Gutié-

rrez Mellado, quien utilizó el término de «estado cipayo» para designar al régimen de Franco, aunque no creo que lo hiciera por escrito. La misma expresión la empleaba también, en el Palacio de Santa Cruz, un gran amigo mío, el embajador Carlos Fernández Espeso. Ramón había querido, me parece recordar, escribir la historia del ejército vencedor pero no se lo permitieron y tuvo que optar por dedicarse a la del vencido. Tuve con él peleas amistosas, sobre todo cuando se empeñó a contabilizar las víctimas de la guerra civil. En mi modesta opinión, es el mejor historiador de los que escribieron bajo el franquismo. No diría lo mismo de Martínez Bande, que en realidad desgranó una historia militar de corte antiguo, de campañas, en la que ocultó todos los datos que no le convenían. En cuanto sale de las batallitas, su obra es perfectamente olvidable. E incluso cabe objetar a su análisis. Escribió más de un auténtico bodrio. Aun así era casi un genio en comparación con el inefable coronel Priego López y los militares que decían que escribían historia en el Estado Mayor. Payne hizo aportaciones importantes en su tiempo, cuando nadie aquí podía escribir. Siempre tuvo el fallo de no consultar casi nunca fuentes primarias. Cuando lo ha hecho ha sido con, digamos, cuidada medida y ha optado sistemáticamente por las de menor relevancia. Por algo será. Derivó hacia posturas hiperconservadoras. Su obra, me temo, no tendrá perdurabilidad salvo como testimonio de una época y de una forma de escribir historia.

Los otros cuatro historiadores que mencionas son amigos míos. Thomas hizo una gran aportación en su momento. En sus puestas a día no cambió ni el enfoque ni la metodología de partida. Fue un gran reflejo de lo que podía escribirse, en su momento, sobre la guerra civil y que en la España de Franco, aquella inefable democracia orgánica, era totalmente impensable. Me llevé siempre bien con él, incluso cuando estaba muy próximo a la Sra. Thatcher. Recuerdo, como si fuera ayer, las largas conversaciones que tuvimos en Madrid, en junio de 1977, cuando vino a observar el ambiente de las elecciones, en las que yo estuve de interventor por el PSOE en una

mesa de cerca de la Plaza de España y en la que UCD ganó por goleada. Creo que mucho de ello se filtró después en algunos de sus artículos.

Desde una postura más analítica, y más comprensiva con la izquierda, podría decirse lo mismo de la obra de Jackson. Con la diferencia de que éste se pasó casi 25 años en España y comprendió siempre mejor a los españoles. Y, en particular, a Negrín.

De todos ellos, mucho mayores que yo, quien ejerció más influencia sobre mi fue Herbert R. Southworth. Lo conocí después de la muerte de Franco, pero ya me había bebido todas sus obras, en particular *El mito de la cruzada y Guernica*. Era un historiador incorruptible y que persiguió tenazmente el conocimiento genuino. Discrepo de manera radical de quienes en España, y hubo entonces muchos en la Universidad, le consideraban como un mero bibliófilo, metido a historiador. Entre ellos había amigos míos. No lo comprendían. Sí le entendió Pierre Vilar. Yo lo adoraba y una de las cosas que no perdonó a De la Cierva son las groserías e insultos personales que le dedicó. Claro está que retratan al autor, no a su blanco.

Aunque no le citas, quisiera mencionar a Manuel Tuñón de Lara, ignorado por la historiografía oficial y por las cátedras de Historia de la época. Una pequeñita vergüenza, pero gran parte de la Universidad franquista era de vergüenza. Cuando fui Director General de Ordenación Universitaria, traté de convencer a alguna Universidad que le ofreciera una. Sin resultado. Menos mal que, después, la del País Vasco le abrió las puertas.

Paul Preston es como un hermano. Ambos hemos pasado por altos y bajos, a veces en paralelo. Gracias a él, en parte, me casé con una diplomática del Foreign Office, Helen. El mayor acierto de mi vida. Sin ella, no hubiera hecho nada de lo que he hecho. Paul fue nuestro padrino de boda. Es, como Southworth, insobornable y flecha de todos los diceríos de la caverna mediática neofranquista. Un timbre de honor. Es él, el príncipe de los hispanistas españoles de lengua inglesa y ningún otro. Y, además, ha creado escue-

la. Para mí fue una inmensa satisfacción que el Gobierno le concediera la Gran Cruz de Isabel la Católica.

P: *La democracia supuso, por fin, la liberación de dogales para la historiografía contemporánea española hecha desde dentro, por historiadores españoles. ¿En qué momento crees que se produce el relevo por parte de estos, respecto a la anterior generación de investigadores extranjeros? ¿Cómo valoras el estado actual de nuestra historiografía?*

R: Con la desaparición de la censura y las leyes del período dictatorial se abrieron las compuertas a toda una serie de historiadores más o menos jóvenes. Todos ellos, entre los que cuento con excelentes amigos (Santos Juliá, Antonio Elorza, Gabriel Cardona, Alberto Reig, Julio Aróstegui, Ismael Saz, Javier Tusell, Glicerio Sánchez, por no citar sino a unos cuantos), habían ido preparándose desde los años terminales del franquismo. Empezaron a derribar el discurso de los vencedores, en primer lugar en relación con la segunda República, después con la Guerra Civil y por último con los primeros años del franquismo. Fue una avalancha en la que predominaron más las luces que las sombras. Pero el relevo de los historiadores extranjeros por los españoles creo que se produjo algo más tarde, cuando yo estaba fuera de España y metido en otros berenjenales algo más complicados, allá por los años noventa. Ser jefe de misión en Naciones Unidas puede parecer una bicoca. No lo es y en la época de la guerra de Bosnia traumatizante.

Creo que la historiografía española, tanto tiempo tributaria de la extranjera, ha llegado no sólo a la mayoría de edad sino que ha ganado la primacía a la última. Es lo lógico. La historia nacional la hacen los autores nacionales esencialmente. Las batallas ideológicas, políticas, intelectuales y culturales que cuentan se dan en el país. Esto no significa negar o disminuir la importancia de los extranjeros. No vivimos en un vaso de cristal. Significa, simplemente, hacer lo que hacen los franceses, ingleses, alemanes, italianos, norteamericanos, etc. en sus países respectivos. El franquismo impidió hacerlo. Somos los histo-

riadores españoles hoy los que construimos una historia nacional auténtica.

P: Durante los años 80 trabajas en el MAE, y posteriormente en Bruselas, conociendo desde dentro los entresijos de la diplomacia y de la política internacional. ¿En qué medida vuelcas la experiencia adquirida en este campo en tus estudios?

R: Siempre he dicho que eliminar las compatibilidades entre la Administración y la Universidad al comienzo del primer Gobierno socialista fue un error, cuyo coste ha pagado la Universidad pública. Hay carreras en la que la experiencia profesional ayuda a profundizar el conocimiento académico y viceversa. En mi caso puedo decir, y creo no exagerar, que de no haber sido funcionario, en España y en el extranjero, me hubiera sido difícil, cuando no imposible, extraer todo su jugo a la evidencia primaria relevante en que siempre he basado mi obra. En Exteriores, adonde me llevó Fernando Morán, por quien siempre tuve debilidad, me tocó lidiar con temas OTAN, que entonces no eran un plato de gusto. Supongo que no lo hice del todo mal, pero en cuanto ganamos el referéndum de 1986 pedí a su sucesor, Paco Fernández Ordóñez, que me cambiara. Me puso en planificación, una cosa nueva que diseñé tras comparar experiencias en Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos. No llegó a funcionar como hubiese deseado pero a mí me encargó que hiciera planes para potenciar las relaciones de Europa con América Latina a través de la Comisión. Sin saberlo, me puso en otra carrera.

Cuando Manuel Marín logró que el puesto de director (equivalente a director general) para América Latina y Asia fuese a parar a un español, él y su jefe de gabinete Santiago Gómez Reino lanzaron mi nombre. La célula que se había constituido en la Moncloa me aceptó. Tuve que competir con un funcionario propuesto por AP. La Comisión optó por mí. Profesionalmente hablando yo me formé en ella, durante casi quince años, cuando tuve que tomar decisiones importantes, duras, difíciles, administrando muchos millones de euros, con el riesgo de equivocarme y afectar a miles de personas. Está mal echarse flores pero nunca me

comporté dubitativamente. Leí y redacté millares de despachos y telegramas diplomáticos, algo que se aprende sobre el tajo. Debía tener en cuenta a quién me dirigía, las sensibilidades dispares que encontraba, los intereses burocráticos o nacionales que podían sentirse heridos. En la época Delors la Comisión era una máquina de iniciativas, unas buenas, otras no. Delors estimulaba la experimentación. A todos los niveles. Me ocurrieron cosas de esas que no pasan ni en sueños. Nunca tergiversé la verdad y nunca bailé al son que tocaba, aunque ello pudiera terminar repercutiendo desfavorablemente –como fue el caso– sobre mi propia carrera.

Hay algo que se llama integridad personal y que es el eje en torno al cual he desarrollado, para bien o para mal, mi actividad de funcionario e historiador. Una de las herencias que extraje de mis lecturas de la Ilustración alemana y del haber estado a caballo entre el Este y el Oeste en mis años de formación. Lo que era verdad aquí, resultaba mentira allá y viceversa. Un ex ministro, amigo mío, dijo que yo tenía una cierta «vena». Acertó. He sido siempre un funcionario leal pero nunca un funcionario cómodo. Me he tragado mi porción de sapos y he tenido que bailar, con frecuencia, con la más fea. Esto enseña, sobre todo si se hace en «territorio comanche» y, a veces, con jefes que no inspiraban ni emulación ni respeto, por muy importantes que fueran sus cargos o sus nombres. Afortunadamente, en mi caso no fueron muchos pero sí los suficientes para sufrir y aguantar.

Lo que hice, o aprendí, lo plasmé en un libro, que no ha tenido el menor éxito, pero que para mí es el más importante: *Al servicio de Europa*. Al escribirlo, aprendí a escribir historia. Son una especie de memorias, basadas en fuentes primarias relevantes. Después de terminarlo, mi antigua secretaria, Charo Doménech, me trajo un día uno de mis «triumfos» diplomáticos. Un expediente que, en plena crisis centroamericana, mostraba el cruce de cartas entre el presidente Bush, padre, y Delors. Era una situación superdelicada. La respuesta de Delors la preparé yo personalmen-

te. Atravesó todos los filtros y no se quitó una coma. Marcaba distancias. Algo, posteriormente, impensable. Todos los papeles en que me basé los reenvié después a los archivos de Florencia. Que los consulte quien quiera. Todas mis afirmaciones sustanciales son documentables. Lamento, eso sí, no haberme quedado con mis telegramas de Nueva York sobre la guerra de Bosnia. Los dejé en la oficina por si podían servir de algo a mi sucesor quien, años después, los tiró a la basura. Trabajar en un ambiente multinacional, con un montón de funcionarios a mis órdenes de las más variadas procedencias culturales y profesionales, me quitó el poco pelo de la dehesa que aún me quedaba y me enseñó hasta qué punto en todas partes cuecen habas. Aprendí el arte de la puñalada florentina. Las di, pocas, y recibí muchas. Ah! Y me quité el complejo de españolito aislado. Nunca volví a ser un académico normal.

P: *En los últimos años todo tu esfuerzo ha estado volcado en la redacción de la trilogía sobre la República en guerra. ¿Cómo concebiste en principio la obra, y cómo fue desarrollándose hasta alcanzar su extensión definitiva?*

R: Tiene un triple origen. Curiosidad, desde los años ochenta, mientras buscaba acceso a los papeles de Negrín. Una grave enfermedad, que me afectó al terminar *Al servicio de Europa*, y de cuyas repercusiones sicológicas tenía que salir. Un curso que dirigí en Bruselas sobre la guerra civil en el Círculo Pablo Iglesias. Detrás de ello, una admonición que me había hecho Manolo Tuñón, antes de irme a la Comisión. «No vayas, Ángel. Tendrías que quedarte aquí, en España, escribiendo». En aquel momento no le hice caso. Necesitaba, por razones personales, salir de España.

De lo que no tenía idea era que fuese a escribir una trilogía. Al principio quería, simplemente, situar la operación del oro en un marco más amplio. Cuando empecé a combinar los papeles de Negrín con los desclasificados en los archivos ingleses, franceses y rusos comprendí que había que trascenderla y abordar el contexto económico, político, estratégico e internacional para determinar los constreñimientos internos

y externos que limitaron la capacidad de acción republicana. La trilogía no es una historia global de la guerra por el lado republicano (entre poco, por ejemplo, en el tema de las batallas y de la estrategia militar). Es el resultado del análisis de las masas de documentación que había ido recopilando desde los años setenta y que acentuó en los últimos diez. Y no utilicé todas.

P: *A menudo te he escuchado la expresión «Pegarse al documento» para referirte a la filosofía con que te enfrentas a la documentación que tratas en tus trabajos. ¿Podrías describirnos tu metodología?*

Afirma un dicho español que «cada maestriollo tiene su librillo». Yo he puesto a punto una metodología, que empecé a desarrollar en 1970 y que perfeccioné en *Al servicio de Europa*. A mí me sirve. A otros, quizás no. Brevemente expuesta, yo empiezo por analizar y estudiar las fuentes primarias ordenadas cronológicamente y luego temáticamente. Ello me da la idea del cañamazo sobre el cual bordar el relato. En primer lugar, basándome en ellas sistemáticamente, a pesar de todas las lagunas que deje abiertas en esta etapa. Luego, rellenando tales lagunas poco a poco en base a las fuentes ya publicadas y la literatura secundaria. El hecho fundamental es que el cañamazo está tejido con las fuentes primarias no conocidas. El partir de ahí da una textura especial a lo que desarrollo después, porque naturalmente la literatura secundaria **NO** las habrá utilizado. Es un procedimiento laborioso porque descansa sobre la premisa de ampliar lo más posible las fuentes primarias desconocidas y esto ni es cómodo ni rápido.

En general me guío por el método inductivo. No parto de premisas ni de posturas preconcebidas y reviso y cambio mis ideas a medida que avanza en la investigación. Con los ordenadores es fácil trasladarlo al papel. Esta metodología es adecuada cuando se quiere abrir brecha en la investigación, cuando uno se sitúa en el *cutting edge*. No es válida para hacer interpretaciones sobre fuentes secundarias o abordar períodos sobradamente investigados y en lo que cuenta es aplicar nuevas perspectivas analíticas.

Mi enfoque tiene una desventaja: hay que interrogar críticamente a las fuentes y esto obliga a extenderse. El resultado es, casi inevitablemente, un relato largo. Si a ello se añade la discusión con la literatura secundaria (y en la trilogía he dedicado cierta atención a deshacer los camelos pro-franquistas), el producto resultante no puede ser breve. Ahora bien, tiene una ventaja: ofrece al lector una visión crítica con otras versiones, por muy elevados que sean los autores a los que pongo al pie de sus mitos o de sus percepciones ideológicas. Yo nunca las he ocultado y están en las primeras páginas del primer tomo de la trilogía: no me gusta el franquismo, no me gusta el fascismo, no me gusta el comunismo.

P: *En los últimos años hemos asistido al debate sobre las relaciones entre Historia y Memoria, particularmente en torno a la discusión de la conocida como Ley de la Memoria Histórica. ¿Cuál es tu opinión sobre este tema?*

R: Historia no es lo mismo que memoria. Yo trato de escribir historia. La memoria me preocupa menos. La historia influye en la memoria, que es individual pero, bajo ciertos supuestos metodológicos, una construcción social. Con todo, alguien tiene que recuperar el pasado, si no como fue a lo Ranke, sí como es mínimamente documentable. Y no hemos ni descubierto aún todos los papeles y documentos relevantes ni recuperado totalmente el pasado.

P: *¿Cuál es tu juicio sobre la emergencia del gran volumen de títulos, de enorme tirada, que recuperan las interpretaciones franquistas de la guerra civil?*

R: No han aportado nada, no han descubierto nada, no han revisado nada, no significan historiográficamente nada. Cero patatero, diga lo que diga Payne. Pero España es un país en el que el pasado no termina de pasar, en el que tienen una clientela fiel y unos aparatos mediáticos y oficiales (véase la Comunidad de Madrid) que les apoyan en una lucha esencialmente política, y referida al momento actual, para mantener enhiestas ciertas verdades del franquismo que son las verdades de un sector de la derecha española. No tienen nada que ver con la historia documenta-

table y documentada. Mienten, tergiversan, ocultan, falsifican, cortan... He de confesar que algún que otro historiador académico pro-franquista les ha dado lecciones al respecto.

P: *Como sabe quien te conoce, no te concedes un descanso. ¿Cuáles son ahora tus próximos proyectos?*

R: En este año hay tres que se encuentran en estados varios de avance. El primero, a punto de salir, es una investigación que me ha encargado el Ministerio de Asuntos Exteriores. Se titula *Al servicio de la República. Diplomáticos y guerra civil*. Al frente de un equipo, hemos tratado de poner de relieve la acción diplomática durante la guerra de varias embajadas republicanas significativas (París, Londres, Washington, México, Berna, Praga, Moscú) y, a la vez, reconstruir la carrera diplomática de la República en guerra. Será, me parece, bastante rompedor. El segundo, bajo el título de *En defensa de la República*, son las memorias de un protagonista de la época. He establecido el texto final, partiendo de los papeles y del relato preliminar que dejó, escrito un largo estudio introductorio y lo he anotado extensamente. Presenta una nueva visión de Negrín y en principio está previsto para octubre. Es un primer paso para dar el salto, más tarde, al gran debate político de los primeros años del exilio republicano. Otra vez, con nueva e ignorada documentación.

Ahora estoy trabajando en una colección de ensayos, en su mayoría no publicados para un libro que se titulará *Mitografía y guerra civil*. En él rastreo los orígenes de la hostilidad británica al Frente Popular, la aplicación del *Führerprinzip* en la España de Franco, la significación de la guerra civil y temas por el estilo. Digamos que contiene alguna que otra sorpresa y que deja al descubierto algunos de los soportes intelectuales de la historiografía (concepto que introdujo Alberto Reig) franquista. No gustará a muchos. Alguna reputación quedará más magullada. Me relamo pensando en quiénes desmontarán documentalmente mis tesis. Si pueden.

Para después de este año 2010 ya estoy esbozando otros dos proyectos, pero todavía he de conceptualizarlos formalmente.